

Sobre la psicosis o la instancia enunciante del discurso delirante

Tereza Cristina Pinto
Universidad de Limoges

Traducción de Tereza Cristina Pinto

Introducción

La clínica de la(s) psicosis cuestiona fuertemente al psicoanálisis. Mucha tinta ha corrido —y corre todavía— con el objeto de aprehender ese extraño fenómeno usando una perspectiva psicoanalítica, desde Freud, pasando por Jung, Ferenczi, Klein —por citar algunos— y posteriormente Lacan. Este último, psiquiatra de formación, en respuesta a ciertos límites de la psiquiatría “clásica”, toma la teoría freudiana como eje para estudiar la psicosis. Esto le permitirá observar, entonces, los límites del psicoanálisis en sí mismo. En efecto, la psicosis marca un límite, pero al mismo tiempo, abre un nuevo horizonte hacia la superación del mismo, que va a permitir un importante desarrollo teórico. Podemos, de hecho, considerar la empresa lacaniana como una tentativa de hacer avanzar todo un sistema teórico, multiplicando respuestas para ciertos problemas claves.

Intentando aportar una respuesta menos ortodoxa que la propuesta por el discurso médico de la época, Lacan buscará apoyarse en las ciencias del lenguaje, específicamente en la lingüística de Saussure, Jakobson y Benveniste. Esta perspectiva se

justifica en la medida en que su teoría se centrará en una *estructura* psíquica que se corresponde con la estructura del lenguaje. Esta última, es la responsable del “nudo”, y al mismo tiempo, de la no coincidencia entre lo real, lo simbólico y lo imaginario. En lo que respecta a la psicosis, Lacan identificará en esta patología un defecto de la enunciación, una ausencia de lo que denomina el poder de “la toma de la palabra”. La psicosis tendrá, entonces, un modo de funcionamiento propio que, dando cuenta de un tipo de estructura del lenguaje, se presenta en el discurso en tanto que manifestación actualizada por la palabra del sujeto.

El objetivo de este trabajo es analizar ciertas configuraciones discursivas que la clínica observa como típicas de la psicosis y que develan su estructura inmanente. Siguiendo los pasos de Lacan, nos centraremos en la problemática de la enunciación, extendiéndonos hacia ciertos territorios de la semiótica, específicamente, hacia la teoría de las instancias enunciantes desarrolladas por Jean-Claude Coquet. Desde nuestra perspectiva, en esta rama de la semiótica, el concepto de enunciación se manifiesta más claramente y se presenta en toda su amplitud y complejidad.

1. La sumisión al Otro en la certeza psicótica

Lacan concibe la psicosis como un bloqueo del sujeto frente al orden simbólico. El psicótico, según sus palabras, excluye este orden volviéndolo inoperante por medio del mecanismo de la *forclusión*. De esta manera, en lugar de ejecutarlo en tanto que sujeto que forma parte del discurso de la ley simbólica, él la vive como un imperativo frente al cual se somete. Por ello, no puede juzgar lo que representa esa ley y no puede incorporarla a su propio discurso. En consecuencia, no puede asumirla ni asumir el discurso que él mismo enuncia. Su discurso quedará, entonces, completamente inmóvil y sometido al discurso del Otro.

Esta distinción del Otro con una *O* grande, es decir el Otro en tanto que no es conocido, y el otro con una *o* pequeña, es decir, el otro que

soy yo, fuente de todo conocimiento, es fundamental. Es, en esa distancia, en el ángulo abierto de esas dos relaciones, que toda la dialéctica del delirio debe ser situada.¹

La ley del Otro golpea y atraviesa al sujeto de la psicosis sin que él pueda reaccionar. Entonces, sostener y asumir son las dificultades fundamentales que se inscriben en la psicosis, dado que el sujeto, en ese caso, se somete al discurso de un otro que asume todas las responsabilidades respecto del contenido *vehiculizado* en su discurso. El psicótico, como diría Lacan, es un sujeto que presenta una escisión entre el sujeto que habla y el sujeto que “toma la palabra”; es decir, entre el que expresa un contenido y el que asume la responsabilidad de ese contenido. En la psicosis, hay un sujeto que habla y otro que conduce esa palabra en su lugar.²

Esas manifestaciones dan testimonio, según Lacan, de la presencia figurada de un *Señor* en el discurso psicótico. Éste se comporta, a su turno, como un *esclavo* del deseo de reconocimiento. Esta lectura abiertamente hegeliana permite definir a la psicosis como la estructura en la cual la existencia del *Señor* es una certeza, y una necesidad mayor para que el sujeto pueda encontrar un equilibrio, normalmente manifiesto en el delirio. El sujeto adhiere al *Señor* desesperadamente, no puede dudar, porque es *su Señor* quien asegura su discurso, dado que él es incapaz de hacerlo por sí mismo. Es por esta razón que el psicoanálisis define al delirio

¹ Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre III : Les psychoses*, Paris, Seuil, 1981, p. 51. [La traducción es nuestra.]

² Como podemos verificarlo en el pasaje: “¿No tocamos ahí, en nuestra experiencia, y sin intentar ir más lejos, a ese que es el centro de los motivos de la entrada en la psicosis? Lo más difícil que puede presentarse a un hombre, y a lo que su ser en el mundo no lo enfrenta frecuentemente es a lo que llamamos la toma de la palabra, —comprendo la suya, todo lo contrario a decir sí, sí, sí, a la palabra del vecino—. Eso no se expresa forzosamente en palabras. La clínica muestra que es justamente en ese momento, si sabemos reconocerlo en diversos niveles, que la psicosis se declara”. Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre III : Les psychoses, op. cit.*, p. 285.

y a la alucinación como la ausencia de duda respecto de ese Otro que impone sus mensajes.

El psicótico sufre, padece de una ausencia de 'tal vez', que sin ninguna duda, no se distingue en nada del mensaje que le llega. En ese sentido, podemos decir que el psicótico *es* el mensaje.³

Podemos observar esta particularidad discursiva en el ejemplo de la paciente J.V.S. acompañada por el psiquiatra y psicoanalista Antônio Quinet :

No soy amada y en mi familia son todos malvados. Sólo quieren mi herencia. (...) Espero que no lo hayan comprado para hacer esta maldad conmigo, siempre es así... Necesito mi día de salida para recuperar mi dinero, ellos siempre quieren hacerme mal. Voy a hablar siempre de lo mismo, del documento para que el juez firme mi herencia.⁴

La certeza en el Otro, en tanto que característica del discurso psicótico, servirá, en un primer momento, para diferenciarlo del discurso de la neurosis, dado que el neurótico, contrariamente al psicótico, duda. Lacan explica este aspecto en su análisis sobre una enferma paranoica que se quejaba de haber sido ofendida por su vecino. Este último, le habría gritado "¡puerca!" en respuesta a su comentario aparentemente inocente: "vengo de lo del fiambbrero". Para este autor, la diferencia entre la alucinación psicótica y la alucinación neurótica es la declaración certera de un hecho, dado que para la primera, no hay un cuestionamiento posible. Según Lacan: "no hay ninguna ambigüedad en eso, ella no dijo 'Tuve la sensación de que me respondió: puerca'. Ella

³ Augustin Menard, "Psychoses ou psychoses?", en : *Clinique différentiel des psychoses*, Paris, Fondation du Champ Freudien, Navarin Éd., 1988, p. 228. [Los subrayados son nuestros. N. del T.]

⁴ Antonio Quinet, *Teoria e clínica da psicose*, Rio de Janeiro, Forense, 2000, p. 163-164.

dijo: 'Yo dije, vengo de lo del fiambbrero, y él me dijo ¡puerca!'."⁵ Podríamos comparar esto a los discursos delirantes de los pacientes histéricos que, aún sumergidos en el delirio, logran hacer ciertas "relativizaciones", como lo muestran estos ejemplos propuestos por Jean-Claude Maleval.

Tuve la *impresión* de haber sido plegado, *creí* que mi columna vertebral se había quebrado; fue *como si* le arrancáramos los ovarios a alguien y que cuatro meses después tuviera un hijo.⁶

La duda o la relativización no podría tener lugar en un discurso, sino al precio de comprometer al sujeto en una toma de posición. El psicótico es incapaz de eso, por lo tanto: 1) el delirio es una manifestación del discurso de un otro portador de una verdad no cuestionable; y 2) la alucinación representa en ese contexto la "realidad" de los "hechos". Dudar de la alucinación —poco importa su naturaleza (visual, táctil, auditiva)— equivaldría a poner en su lugar al sujeto enunciante, en tanto que productor de esas imágenes. El psicótico, frente a las alucinaciones, es completamente acrítico, dado que en muchas ocasiones no entiende lo que ellas significan, ni lo que el delirio significa. En la psicosis hay una aceptación ilimitada del discurso del Otro, situación que no podría ser concebida como una toma de posición, todo lo contrario, ella representa un rechazo total.

Observemos este aspecto en el discurso del célebre enfermo Schreber, analizado por Freud desde su autobiografía. Schreber se refiere, entre otras cosas, a su capacidad de hablar "fuera de la palabra humana ordinaria"; lo que él denomina como "hablar de los nervios":

⁵ Jacques Lacan, *op. cit.*, p. 62.

⁶ El caso "María" presentado en Jean-Claude Maleval, *Folies hystériques et folies dissociatives*, Paris, Payot, 1981, p. 27. [Los subrayados son nuestros. N. del T.]

Naturalmente, el desencadenamiento de ese *hablar de los nervios* no depende, en las condiciones normales (conformes al orden del universo), sino de la voluntad del ser humano cuyos propios nervios han sido puestos en cuestión. [...] A veces, mis nervios resultan movilizadas desde el exterior, continuamente y sin descanso.

La capacidad de maniobrar los nervios de un ser humano es específica, y ante todo, de los rayos divinos. [...] En cuanto a mí, primero, sentí esa ingerencia como articulada por el profesor Flechsig. Esa ingerencia se señala relativamente temprano bajo la forma de coerción al juego continuo del pensamiento, término que me viene de las voces interiores. [...] El principio de la coerción en el juego continuo del pensamiento consiste en forzar a alguien a pensar sin descanso. Para decirlo de otra manera, la libertad natural del hombre de poder en ciertos momentos acordar a los nervios de su entendimiento el reposo que les es necesario, pensando en nada [...] eh bueno, esa libertad, desde el inicio del juego, me fue negada por los rayos a los que debo enfrentarme, tan insaciablemente ávidos de saber constantemente en qué estoy pensado.⁷

Los rayos divinos son los que comandan el pensamiento de Schreber, entonces juegan el rol del Otro en su discurso. En ese personaje y en sus ingerencias, no hay ninguna duda o sospecha, todo lo contrario. Todo lo que él cuenta parte del principio de la verdad y de la certeza frente a su *Destinador*. Las figuras investidas del Otro serán los rayos divinos o Dios mismo, pero también el doctor Flechsig, médico que se ocupa de su caso en el hospital psiquiátrico. Los tres han sido dotados de un poder especial. Dios y sus derivados aparecen como una exageración de un poder trascendental, y el Dr. Flechsig, en tanto que médico, es la persona hacia la cual se dirige por excelencia toda transferencia basada sobre el “supuesto saber”, lo que, en su caso, se transforma en una “certeza de poder”.

⁷ Daniel Paul Schreber, *Mémoires d'un névropathe*, Paris, Seuil, 1975, p. 53-54.

Esto nos lleva a considerar igualmente la cuestión de las modalidades narrativas, sobre todo si consideramos que la existencia de una relación actancial ternaria influye directamente sobre ese punto. Por el hecho de estar sometido al *Destinador* inmanente, por ende, de estar en la posición de no-sujeto, el discurso del psicótico tendrá ciertos límites en lo que concierne a las modalidades y a la relación entre ellas. Esto será lo que presentaremos a continuación.

2. Las modalidades narrativas: el juego de la fuerza entre el poder y el deber

Desde el punto de vista de las instancias enunciantes, la cuestión de la certeza incondicional revela un conflicto en cuanto a la capacidad del sujeto de asumirse como el enunciador de su propio discurso, de pronunciarse como tal. La teoría semiótica de Jean-Claude Coquet —llamada *semiótica subjetal*— lanza justamente la hipótesis de un desdoblamiento de la instancia enunciante *sujeto* —llamado *primer actante*— en el que la división sería realizada por la aceptación o no del enunciado por parte del sujeto mismo que lo enuncia.

En un ejemplo, utilizado por el autor en su ensayo *El discurso y su sujeto*, la proposición “yo tengo que partir” admitiría dos significaciones distintas: ya sea “yo tengo la obligación de partir”, ya sea “yo me impongo la obligación de partir”.⁸ A pesar de la utilización en los dos enunciados de un *desembrague* de tipo enunciativo (la presencia del pronombre *yo*), no impide que la relación entre el enunciador y su discurso sea implícitamente contradictoria de un caso a otro. Lo que nos muestra Coquet exactamente, es que la posición del enunciador es apreciable —y al mismo tiempo plausible de análisis— más allá de los *desembragues*

⁸ Jean Claude Coquet, *Le Discours et son sujet I: essais de grammaire modale*, Paris, Méridiens Klincksieck, 1989 (2ème édition), p. 49.

utilizados. Esto revoluciona el campo de las investigaciones en semiótica de la enunciación.

De la primera proposición resulta que “el actante [sujeto] es sometido a una obligación” exterior a él; es decir, que el origen de la orden en cuestión es otra instancia. Por eso, más allá de la relación binaria y elemental entre un *Sujeto* y un *Objeto* (*segundo actante*) R (S, O), existe entonces otro tipo de relación que pone en escena a un *tercer actante*. Entonces, será necesario recurrir a este *tercer actante* “cuando el actante sujeto no reacciona en su nombre propio, sino en el nombre de un tercer actante ejerciendo un poder de autoridad institucionalizada”. La relación, ternaria esta vez, se transforma en R (D, S, O). Esta tercera instancia, identificada con el rol actancial del *Destinador*, somete al sujeto a sus órdenes, de ahí que se presente una relación de subordinación del último frente al primero:⁹

$$\frac{D}{S}$$

La función instrumental es la que enmarca al sujeto en una relación de esa manera determinada. Él no es otra cosa que una herramienta, un instrumento al servicio del *Destinador*. Eso significa que las modalidades que se instalan son de naturaleza deontológica, es decir, que el *Destinador*, provisto de su *poder*, manipula al actante sujeto cuyo lugar se establece bajo el eje del *deber*. “No hay ningún enunciado, atribuible al sujeto, que no sea sobredeterminado por la modalidad del *deber*”.¹⁰ De ahí se deduce esta distribución de modalidades:

⁹ *Ibid.*, p. 50.

¹⁰ *Ibid.*, p. 59.

Relación ternaria
(D, S, O)

Dominante	Poder
Dominado	Deber

Esto puede verificarse en los enunciados de Schreber:

A veces, mis nervios resultan movilizados desde el exterior, continuamente y sin descanso. Primero, sentí esa ingerencia como articulada por el profesor Flechsig [...] eh bueno, esa libertad, desde el inicio del juego, me fue negada por los rayos a los que debo enfrentarme, tan insaciablemente ávidos de saber constantemente en qué estoy pensado.

El actante sujeto, en tanto que “elemento dominado por una situación jerárquica irreversible”,¹¹ es nombrado como *sujeto hipotáctico*, posición que de hecho puede todavía degradarse hasta la anulación del sujeto, representado por la posición del denominado *sujeto barrado*.¹²

$$\frac{D}{S}$$

La posición del actante sujeto, en tanto que dirigido por un *Destinador*, sería representada —según la proposición de Coquet— por un nuevo actante, un doble del sujeto, quien “se borra en la función que tiene que cumplir”. Se trata entonces, de la instancia del *no-sujeto*.

¹¹ *Ibid.*, p. 49.

¹² Observemos acá que el *sujeto barrado*, tal como ha sido definido por la semiótica subjetal no coincide con la noción homónima lacaniana equivalente al sujeto del deseo.

Entre sujeto y no-sujeto —dos caras del *primer actante*—, la oposición que se instaura es del orden de la ausencia o de la presencia de la modalidad de *meta-querer*, modalidad igualmente propuesta por Coquet. Esta modalidad será la responsable del compromiso del sujeto con su discurso, operando una separación lógica entre la *predicación* simple y la *aserción* del contenido *vehiculizado* por el acto de predicación —aceptación— que podría acompañarla o no. Según las palabras de Jean-Claude Coquet:

Nos parece claro que el acto predicativo no pueda ubicarse en el mismo plano que la historia que él testimonia. El “yo afirmo que...” precede lógicamente y cronológicamente la identidad que introduce: “yo soy x”. Somos, entonces, llamados a distinguir en el campo de la semiótica el acto por el cual el sujeto enunciante se define en tanto tal.¹³

Siguiendo esta argumentación, ¿qué faltaría, entonces, al discurso psicótico? Desde nuestro punto de vista, lo que falta es precisamente la aserción lógico-semántica del contenido. En los paranoicos eso se presenta de una manera muy clara, dado que como hemos visto en el discurso de Schreber, habrá siempre un complot, un perseguidor —como el médico Flechsig— un genio malvado, Dios o cualquier otro que ocupará la posición de *Destinador*, obligándolo a decir y a hacer cosas diversas. Su *Destinador* es, precisamente, aquel a quien el enfermo atribuye todo el *poder* que lo obliga a obedecer, bajo amenaza de castigos. Al psicótico no le queda otra opción que actuar bajo coerción: *debe* hacerlo, entonces, lo hace.¹⁴

Eso mismo ocurre con las alucinaciones, porque es el paciente el que habla pero no lo reconoce. Atribuye esa palabra a otro, generalmente una figura también inserta en su delirio, cuando éste se presenta. Las voces que Schreber escucha pueden ser to-

¹³ Jean-Claude Coquet, *op. cit.*, p. 16.

¹⁴ Jean Claude Maleval, *op. cit.* p. 186.

madras como ejemplo, porque ellas surgen como una sensación auditiva cuyo contenido se refiere a su delirio. Ellas vienen del exterior, tanto Dios que le habla utilizando sus propios nervios, tanto los agentes externos, como los pájaros, son responsables de las órdenes que él se siente “naturalmente” obligado a cumplir:

Las voces interiores que escucho son netamente distintas a las voces exteriores, de esas que son dichas por los pájaros, y que vienen a mí del exterior desde la garganta de los pájaros. En todo caso, mis nervios no pueden sustraerse, ni en un caso ni en el otro, a la sensación sonora de las palabras habladas, y es por eso que se produce la estimulación que, en el momento en que aparecen las proposiciones interrogativas o los pensamientos inacabados, fuerza a prolongar el pensamiento.¹⁵

En ciertos análisis psicoanalíticos de la psicosis aparecen algunos giros lingüísticos muy típicos del uso de la lengua hecho por lo enfermos. De esta manera, el rol actancial de no-sujeto se hace visible utilizando otros medios que van más allá de la simple observación de la presencia de un *Destinador* todopoderoso ficticio. Podríamos, en ese sentido, subrayar la implicación de los neologismos y de las figuras del discurso tales como la metáfora y la metonimia en las producciones, escritas o habladas, de los psicóticos.

2. Neologismos, holofrases, metonimia, acto: manifestaciones diversas de un no-sujeto

2.1. Neologismos

Ya en 1915, Freud discernía un elemento característico de la posición psicótica frente al lenguaje: los neologismos. Según su interpretación, el psicótico sufriría de una falta de inversión en la

¹⁵ Daniel Paul Schreber, *op. cit.*, p. 183.

representación de las cosas, de ahí su incapacidad de transferencia, que incitaría, por consecuencia, a un desequilibrio del sistema aumentando la carga de la inversión en las representaciones de las palabras. Las palabras asumirían la importancia de las cosas, es decir, que remplazarían los objetos del mundo en la psicosis. El lenguaje sería el dispositivo directamente afectado según esta lógica, entonces, sería en las producciones discursivas de los enfermos que eso podría observarse. Los neologismos encontrarían su lugar en ese mecanismo, dado que ellos representarían las palabras, rígidamente tomadas “al pie de la letra” —como las cosas—. A falta de la palabra “correcta”, el psicótico inventaría sus propias palabras.

Los neologismos son, todavía hoy, el problema de lenguaje más estudiado, por el nivel de aberración que presentan. Sin embargo, la especificidad del neologismo psicótico se ha mostrado difícil de aprehender. En todo caso, el hecho de que los neologismos estén tan presentes en el lenguaje psicótico, justifica que nos detengamos en ellos un momento.

Si comenzamos por verificar la definición del término, podremos enmarcar bien esos usos particulares de la lengua tales como los neologismos “ordinarios”. Según el *Nouveau Petit Robert*,¹⁶ el neologismo es la creación de una palabra nueva. Pueden identificarse dos tipos de neologismos: *el neologismo de la forma* —que utiliza material significativo—, y *el neologismo del sentido* —que funcionaría a partir de un cambio semántico de una palabra ya existente. Esos dos tipos se presentan en el discurso delirante de pacientes afectados, siendo el neologismo lexical el más visible. Como por ejemplo, en el caso del esquizofrénico que se dice un *foudroyantissimeur*,¹⁷ es decir, el

que golpea al enemigo a distancia, o en el caso de un paranoico que declara “No me gustan los *prévaricationnels*”,¹⁸ es decir, los que organizan el complot; etc.¹⁹ Lacan, comentando un caso de paranoia, considera, en su seminario de 1955, que:

Ciertas palabras toman un acento especial, una densidad que se manifiesta a veces en la forma misma del significante, dándole ese carácter definitivamente neológico, tan llamativo en las producciones de la paranoia. En la boca de nuestro enfermo del otro día, al fin ha aparecido la palabra *galopiner*, que nos ha dado la certeza sobre todo lo que habíamos dicho hasta ahora. [...] Ella estaba, evidentemente en otro mundo, en un mundo donde ese término *galopiner*, y sin duda muchos otros términos que ella nos ha escondido, constituyen los puntos de ubicación esenciales.²⁰

El neologismo semántico se basa en la atribución de un sentido inesperado de una palabra preexistente, como por ejemplo, las palabras de la frase “el amorfo de abril es un dientudo en el aire”²¹ que sirven para caracterizar ciertos presentadores de programas de televisión que producen miedo al paciente. Ese tipo de neologismo puede fácilmente confundir al analista del discurso, si entiende las palabras de ese discurso en relación con el uso consagrado en el lenguaje. Ninguna palabra en ese ejemplo es falsa, dado que todas las palabras de esa frase existen, pero el uso no revela su significación inmediatamente. Es necesario tener presente que la significación del discurso psicótico le es propia, a pesar del hecho de utilizar palabras de uso corriente. Tomemos como ejemplo el texto de Jean-Paul Brisset, autor de una teoría lingüística delirante sobre la significación “escondida” de las palabras comunes:

¹⁸ Este neologismo fue construido a partir del sustantivo “prévarication” que significa malversación, fraude, traición.

¹⁹ Jean Claude Maleval, *op. cit.*, p. 181.

²⁰ Jacques Lacan, *Le Séminaire, livre III : Les psychoses*, *op. cit.*, p. 42. Sufrayado por el autor.

²¹ Jean-Claude Maleval, *op. cit.*, p. 186.

¹⁶ Entrada “Neologismo”, *Le Nouveau Petit Robert : Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, Montréal, DICOROBERT Inc., 1993.

¹⁷ Este neologismo fue construido a partir del adjetivo “foudroyant” que significa brusco, instantáneo. Sin embargo, este adjetivo guarda la imagen del verbo foudroyer que significa “morir electrocutado por un rayo”.

Los sonidos que se escriben claramente de varias maneras son verdaderos bajo todas las formas y presentan entre ellos una relación matemático-lógica, un origen único. Ofrecen las expresiones que han estado en uso, o al menos, pudieron ser usadas por los ancestros hasta por los dioses, ángeles o demonios.

Las palabras siguientes no están ligadas entre ellas por una frase natural:

*Les dents, la bouche*²² (Los dientes, la boca)

Escribo:	<i>Les dents, là, bouchent</i>	Los dientes, ahí, bloquean
	<i>Les dents la bouchent</i>	Los dientes la bloquean
	<i>L'aidant la bouche</i>	Ayudando a la boca
	<i>Lait dans la bouche</i>	Leche en la boca
	<i>Laid dans la bouche[...]</i>	Feo en la boca

Si invertimos: La boca, los dientes (*la bouche, les dents*)

Escribo :	<i>Là bouchent les dents</i>	Ahí los dientes bloquean
	<i>La bouche l'aidant [...]</i>	La boca ayudándola

Vemos que todas estas expresiones se refieren cierta y matemáticamente a los dientes y a la boca [...] Todas las ideas que uno puede expresar a partir de esos mismos sonidos se acercan a un mismo objeto, a la idea común, con una fuerza de verdad matemática, de una evidencia absoluta, general o accidental, positiva o negativa.²³

El neologismo psicótico no puede ser, así, considerado como un simple juego de palabras, como una connotación cualquiera, porque si, por una parte, testimonia una significación particular en el contexto particular del enfermo; por otra, la inmoviliza y la convierte en parte de un lenguaje *sin connotación posible*. Séglas, psiquiatra que se ha dedicado a la cuestión, comenta:

²² En francés, todas las frases tienen la misma sonoridad. Si no pudiéramos leerlas, no podríamos comprender la significación. En la traducción, este efecto es imposible de mantener. [N. del T.]

²³ Jean-Paul Brisset, "Le mystère de Dieu est accompli", in : *Analytica*, no 31, Paris, Navarin/Seuil, 1983, p. 33.

lo que hay que tener en cuenta, es que, una vez encontrada la palabra, [el enfermo] se contentará con utilizarla. Esa palabra inmoviliza su pensamiento, y a partir de ese momento, olvidará casi todas las síntesis sucesivas que lo llevaron a su creación. No hay nada más que explicar, nada para buscar, la palabra ha dicho todo.²⁴

A través de la utilización de esos neologismos, el psicótico logra la representación de la cosa en la palabra, una especie de llamada al referente que la utilización normal del lenguaje abolió. De ahí que no exista la posibilidad de intercambio entre significantes y significados. Ellos están como petrificados en esa relación.

Esta especificidad del neologismo psicótico lleva a Lacan a buscar respuestas en el concepto de *holofrase*, que en el contexto psicoanalítico fue definido como la petrificación del significante y el significado. La solidificación del signo hace de la palabra un "monolito" y a partir de ese momento adquiere una existencia propia, independiente del sujeto que se sirve de ella de una manera casi mística. Esto marca en la psicosis, según Lacan, la separación entre el sujeto de la enunciación y su enunciado. Se trata de una falta de implicación, en cierta manera, dado que esos significantes son recibidos por el enfermo "ya listos", directamente importados del discurso del Otro. De esta manera, si el psicótico crea neologismos es justamente con el objeto de escapar a un eventual uso de la connotación y de la actividad de juicio implícita en ese dispositivo del lenguaje. Estamos, todavía, en el corazón del problema central del psicótico, es decir, su posición de no-sujeto y la ausencia del meta-querer.

Ese punto de vista no ha sido, evidentemente, desarrollado por la psiquiatría contemporánea a Lacan, porque es Lacan mismo quien dará los primeros pasos en la enunciación. La psiquiatría, por su parte, contraria a estas hipótesis, tomará el camino

²⁴ J. Séglas, *J. Les Troubles du langage chez les aliénés*, Paris, Rueff, 1982, p. 52.

abierto por Ségla, cuando este define los neologismos de los psicóticos como “el resultado del simple automatismo psicológico” desde una concepción mecanicista del psiquismo y del individuo. Sin embargo, es el mismo Ségla quien abre otro camino, el de darle a la psicosis una explicación yendo más allá del simple automatismo, dado que encuentra la razón de los neologismos en *la ley general de asociación por contigüidad o parecido*. Siguiendo esta ley, los neologismos “se forman en definitiva por asociación de asonancias, o de representaciones”.²⁵

El psiquiatra, protegiéndose de una concepción demasiado psicológica del fenómeno, habla implícitamente de una característica diferente del discurso psicótico que no podría ser identificada con un simple flujo de palabras sin razón y sin significación. En efecto, Ségla tenía ya en sus manos los datos necesarios para revolucionar el campo de la psicosis agregando el sujeto y su implicación en el discurso que enuncia. Pero, obnubilado por el principio de “no-comprensión” y por la observación empírica de la psiquiatría de su tiempo, no logrará contemplar el fenómeno teniendo en cuenta el sujeto que se implica. Los ejemplos y las interpretaciones de Ségla siguen siendo muy apreciados porque, involuntariamente, es uno de los que nos darán la clave para concebir al sujeto de la psicosis.

2.2. Metonimia

La verificación de las asociaciones por semejanza en el discurso de los enfermos nos lleva a otra característica de su discurso, ligada a los neologismos y a la cuestión de la connotación: la impresionante quasi-ausencia de metáforas. Es como si nos encontráramos frente a una incapacidad fundamental para jugar al juego “como si”. Por ello, el desarrollo del discurso psicótico nos muestra abundantemente, otra figura, basada en la percep-

²⁵ *Ibid.*, p. 48-49.

ción y en la contigüidad; es decir, basada en una pasividad y una ausencia de juicio. Esta figura es la metonimia. Sobre ese tema, nos gustaría destacar el trabajo del semiótico Ivan Darrault-Harris quien, siguiendo a Jean-Claude Coquet, propone una homologación entre las instancias enunciantes sujeto/no-sujeto y las figuras estilísticas de la metáfora y de la metonimia.

Analizando el estilo metonímico de un texto de Kamegulov —citado originalmente por Jakobson en su artículo *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasias*—²⁶ Darrault-Harris concluye que ese tropo, utilizado de manera abundante, revela una “percepción caótica” y una incapacidad “de integrar las partes en un todo”. Esas características indican la presencia de la instancia enunciante del *no-sujeto*, instancia definida “por la suspensión del juicio y la incorporación de la actividad sensorial (*externo e interoceptiva*) del propio cuerpo”.²⁷ Este autor propone que:

Formulemos entonces la hipótesis de que la *metonimia* es el tropo vedette, central en el discurso, que instala en su seno la instancia enunciante del no-sujeto, esclavo de sus percepciones y fascinado por el cuerpo del Otro y que esta figura pone en discurso el mundo fragmentado, caleidoscópico, percibido por una instancia privada de juicio, que reunirá los pedazos dispersos de actos perceptivos sucesivos y separados.²⁸

²⁶ El pasaje en cuestión es el siguiente: “Bajo un viejo sombrero de paja marcado con una mancha negra, podíamos ver dos mechones de pelos parecidos a los de un jabalí salvaje: un mentón grueso y graso, extendiéndose definitivamente sobre el cuello grasoso del peto de algodón, y en una capa espesa, reposaba sobre el escote tosco de su traje de tela, abotonado hasta el cuello. Debajo de esos hábitos, hacia los ojos del observador, avanzaban unas manos macizas, adornadas de un anillo que había comido al dedo gordo, un bastón de caña con mango de cuero, una hipertrofia marcada en el estómago, y unos largos pantalones casi de algodón, cuyos largos bordes ocultaban la punta de sus botas” [Kamegulov, 1930, p. 145, citado por Jakobson, 1963, p. 65, note 1]. Pasaje citado en Darrault-Harris, Ivan, “Tropes et instances énonçantes: éléments pour un nouveau parcours génératif du discours”, en: *Sémiotiques – Nouvelle problématique de l'énonciation*, no 10, Juin, Paris, CNRS, 1996, p. 149.

²⁷ *Loc. cit.*

²⁸ *Ibid.*, p. 150.

Lacan se interesó igualmente por el sujeto dada la importante profusión de relaciones de contigüidad en un discurso de enfermos psicóticos. Su sujeto de estudio preferido en ese caso era el escritor James Joyce, psicótico, cuyas novelas testimonian un trastorno como el que nos explica Darrault-Harris. Tomemos, como ejemplo, un extracto de la introducción del libro de Joyce, *Retrato del artista adolescente*.²⁹

Allá en otros tiempos (y bien buenos tiempos que eran), había una vez una vaquita (¡mu!) que iba por un caminito. Y esta vaquita que iba por un caminito se encontró un niño muy guapín, al cual le llamaban el nene de la casa...

Éste era el cuento que le contaba su padre. Su padre le miraba a través de un cristal: tenía la cara peluda.

Él era el nene de la casa. La vaquita venía por el caminito donde vivía Betty Byrne: Betty Byrne vendía trenzas de azúcar al limón:

Ay, las flores de las rosas silvestres
En el pradecito verde.

Ésta era la canción que cantaba. Era su canción.

Ay, las fioles de las losas veldes.

Cuando uno moja la cama, aquello está calentito primero y después se va poniendo frío. Su madre colocaba el hule. ¡Qué olor tan raro! Su madre olía mejor que su padre y tocaba en el piano una jiga de marineros para que la bailase él.

Bailaba:
tralala lala,
tralala tralalaina,
tralala lala,
tralala lala

El estilo metonímico de este pasaje es impresionante. En él, el autor encadena ciertas ideas que no tienen visiblemente nin-

²⁹ James Joyce, *Retrato del artista adolescente*, Barcelona, Lumen, 1976; y Madrid, Alianza Editorial, 1978.

guna relación, pero que van creando una en la escritura misma, con la materia significante que la compone. Esto se observa bien en la secuencia vaca-vaso-pañal-orina-olor-madre-felicidad, donde todo un universo infantil se devela en un encadenamiento metonímico representativo que no se detiene, sino que continúa sobre varias páginas, describiendo secuencias de eventos. Eso mismo sucede con el contenido eminentemente perceptivo que pone al sujeto en la posición pasiva de un no-sujeto. Cuerpo sintiendo, siendo aquel que recibe las imágenes del mundo sin ningún esfuerzo de juicio, reelaboración o reinterpretación. Las imágenes le salen en su discurso como si no hubiera un sujeto enunciante como intermediario.

Según Darrault-Harris, “con la instancia del sujeto llega el tropo de la metáfora”, lugar de comparaciones, de juegos de similitud, de juicios reveladores de un equilibrio “entre los espacios y los objetos que provienen de la construcción del sujeto, y aquellos que son ‘dirigidos’ por el entorno inmediato.”³⁰

Para Lacan, quien asume una vía curiosamente cercana de la elegida por el semiótico, la estructura metafórica indica que hay una “sustitución del significante en el significante” en la cual “se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación, dicho de otra manera, la aparición de la significación en cuestión”. Este proceso será, según él, del orden de una “ruptura” que expresará “la condición del pasaje del significante al significado”, que no es otra que el momento en el que se introduce “la función del sujeto”.³¹ En efecto, comúnmente, en el ambiente psicoanalítico se define al psicótico como aquel que no produce metáforas. Desde nuestro punto de vista, eso se justifica a partir de la constatación de que la metáfora demandaría un sujeto autónomo que no existe en la psicosis, más allá de que la doc-

³⁰ Ivan Darrault-Harris, *Tropes et instances énonçantes : éléments pour un nouveau parcours génératif du discours*, op. cit., p.156.

³¹ Jacques Lacan, “L’Instance de la lettre dans l’inconscient”, en: *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, p 513.

trina psicoanalítica en sí misma concibe la psicosis como la estructura que desconoce la metáfora paterna.

Es por esto que, en la clínica, una mejora no se presenta a partir de una deseable puesta en libertad del sujeto sometido. Lo contrario también puede verificarse. Es decir, una subordinación todavía más violenta por parte del *Destinador* sobre el (no) sujeto al punto de negarlo y de privarlo de cualquier "participación" en los actos en los cuales se compromete. Este es el dominio del *pasaje al acto*, cima de la satisfacción del *Destinador* sobre un sujeto reducido a cero.

2.3. El pasaje al acto

Condenado a sufrir las órdenes enigmáticas que le inflige el Otro, el psicótico se mantiene en ese lugar de no-sujeto, sin lograr cambiar el encuadre. Lo propio de esa enfermedad se encuentra en la imposibilidad de ocupar un lugar de sujeto autónomo sin la intervención de un *Destinador* omnipotente. En los casos de *pasaje al acto*, esta relación llega a los límites de lo que Coquet definió como la negación del sujeto:

$$\frac{D}{S}$$

El no-sujeto, reducido al máximo a su función de instrumento, reacciona frente al sinsentido de su acto. Se trata de un no-responsable, un no-sujeto, lugar vacío en el cual la frase "habla en mí" llega a su máxima expresión. El *pasaje al acto* así definido aparece como tema recurrente en las historias clínicas de psicóticos, e interviene siempre en un momento de desesperación donde el (no) sujeto actúa sin pensar; es decir, cuando se libra en su totalidad al discurso del Otro. Como lo muestra el término mismo de *pasaje al acto*, no hay reflexión o juicio de ninguna naturaleza. La comprensión misma del *acto* en la clínica,

ca, ya sea psiquiátrica, ya sea psicoanalítica, es la falta de apoyo de un pensamiento racional o razonable. En ese sentido, podemos decir que no hay sujeto en ese tipo de acto. Está ausente, es un cero sin ningún valor ni poder de intervención.³²

Esta interpretación nos pone en el epicentro del gran conflicto del psicoanálisis frente al enigma de la psicosis. Si llegamos a la conclusión de que la estructura subjetiva de ese trastorno es definida como un no-sujeto, incapaz de asumir su propio discurso y de juzgar el contenido que *vehiculiza*, entonces, qué puede hacer el psicoanálisis en tanto que práctica. ¿De qué es capaz dado que su procedimiento empuja al sujeto a una posición de afirmación y juicio? El psicótico, la práctica lo muestra, no abandona jamás su delirio. En otros términos, esta estructura revela una imposibilidad fundamental de romper la relación ternaria R (D, O, S). Quizá, es ahí donde se encuentra la especificidad del discurso psicótico.

El tratamiento psiquiátrico no hace sino disminuir, con todo su arsenal de medicamentos, las reacciones pasionales del individuo frente a su controlador y la molestia ocasionada por esas ingerencias. El *Destinador*, por lo tanto, no se borra completamente de la vida del enfermo. El psicoanálisis, por su parte, sufre del delicado problema de "hacer hablar" a un psicótico que es incapaz de sostener un discurso y de recordar cualquier cosa de manera fiable de su pasado trastornado. La frontera entre la rememoración y el delirio, acá, es efectivamente muy débil.

Sin embargo, el psicoanálisis nos sorprende a todos cuando sostiene, desde sus comienzos, que hay una salida para la psicosis, para no caer completamente en la oscuridad de la enfermedad, en el delirio mismo. Eso mostraría que el psicoanálisis ve al delirio, en una versión sistematizada, como el único anclaje posible, aunque débil, de lo simbólico en el caos imaginario del

³² Esta noción es recuperada por la interpretación jurídica de la atenuación de crímenes ejecutados en ese contexto.

psicótico. El delirio representaría, por decirlo así, una función simbólica del imaginario.

2.4. «El delirio es un intento de cura»: la salida por la alianza

Todo delirio, según Freud, es una tentativa de cura a través de una reconstrucción del mundo que rodea al individuo. “Lo que tomamos por una producción mórbida, la formación del delirio, es en realidad una tentativa de cura, una reconstrucción.”³³ Las construcciones delirantes, en este contexto, integran un sentido dado a la vida tal como lo muestra la escritura para Schreber, que organizaba el flujo caótico de ideas que lo atormentaban. El delirio termina por ocupar la posición del agente que pone fin a un tormento, un agente de equilibrio. Este equilibrio no se logra utilizando cualquier vía. El enfermo no lo logra sino a partir de un cambio de posiciones entre él mismo y su *Destinador* todopoderoso.

En 1923, el célebre investigador en el campo del psicoanálisis, Minkowski, afirmaba que el delirio sistematizado surge de un esfuerzo de crear una existencia diferente a la del caos caleidoscópico en la cual se encuentra el psicótico. La forma específica de un delirio, observaba Minkowski, no sería otra cosa, en el fondo, que una tentativa del pensamiento, que se mantiene intacta, de construir un “lazo lógico” entre las diversas piedras del edificio que el enfermo ve en ruinas.³⁴ Así podemos entonces concluir que el delirio es una construcción de carácter positivo si su presencia se traduce en una organización, en cierta medida simbólica, del universo del enfermo.

³³ Sigmund Freud, *Remarques psychanalytiques sur un cas de paranoïa (Dementia paranoides) décrit sous forme autobiographique (Le Président Schreber) (1911)*, Paris, PUF, 1995, p. 41.

³⁴ E. Minkowski, *Traité de psychopathologie (1966)*, Paris, Les Empêcheurs de Penser en Rond, 1999, p. 30-31.

El delirio ha sido frecuentemente descrito por el psicoanálisis como una organización tripartita: una perplejidad inicial, un momento intermedio de elaboración inquieta e inquietante, seguido de una elaboración más o menos bien estructurada del universo que rodea al enfermo. Lacan lo completa de una manera parecida a esas otras concepciones, esbozando etapas como en este texto: “objeto del horror primero para el sujeto, luego aceptado como un compromiso razonable [...], de ahí toma de partido implacable [...], y motivo futuro de una redención interesante del Universo”.³⁵ Para Lacan, lo esencial en juego de esa transformación, es el cambio de la posición del sujeto frente a su goce, es decir el sujeto buscaría una solución más acabada para dejar un lugar a su propio goce sirviéndose de un compromiso con el Otro. La posición tomada de manera implacable en Lacan implicaría el reconocimiento del goce del Otro, para poder convertirlo en instrumento de su propio goce. En el delirio sistematizado, el individuo desaparece en el Otro.

Si el psicótico no sale de la relación ternaria, entonces la “cura” vía el delirio debe encontrar una solución en esa relación. Veamos el tipo de solución que encuentra Schreber en su delirio, según el cual él se transforma progresivamente en mujer, pero como es Dios el que lo desea, entonces, él lo acepta y esa idea lo pone incluso eufórico:

De esa manera se perpetúa el complot dirigido contra mí (más o menos en marzo o abril de 1894), que intentaba, una vez reconocido o admitido el carácter incurable de mi enfermedad nerviosa, librarme a un hombre de tal suerte que mi alma sea abandonada, sin embargo que mi cuerpo cambie en cuerpo de mujer en favor de una interpretación ambigua del dinamismo inmanente bajo la orden del universo, del cual hablé más arriba, sin embargo, que mi cuerpo, entonces, habría sido librado a ese hombre, en vista de abusos sexuales [...]

Que el mismo Dios haya sido cómplice, sino también el primer instigador del plan concebido para perpetuar sobre mí el asesinato del alma

³⁵ Jacques Lacan, “D’une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose”, en : *Écrits, op. cit.*, p. 564.

y de librar a mi cuerpo al remate como el de una puta femenina, es un pensamiento que no se me impone sino mucho más tarde. [...] *No es sino en ese momento que pude aceptar mi destino.* [...] [quería desde entonces] afirmar fuertemente que cualquiera que me viera delante de un espejo, la parte superior del tronco desnuda —sobre todo si la ilusión se sostiene gracias a vestimentas femeninas— tendría la impresión indudable de un busto femenino. [...]

Por una presión que es necesario ejercer sobre sus formaciones, soy capaz [...] de procurarme una sensación de voluptuosidad femenina. [...]

Siendo plenamente conciente, inscribo sobre mis estandartes el culto a la feminidad, y desde ese momento me mantendré así. [...] ³⁶

Es así como Schreber será, gracias a sus transformaciones, el ser elegido para vivir la experiencia de los dos sexos, de dos formas de goce sexual. Además podría, a partir de ello concebir sus propios descendientes sin tener que depender de otra persona. Él era especial, él era *el* elegido de Dios. Gracias a ese acuerdo que él le otorga a Dios para servirse de su cuerpo, logra no tener nuevas alucinaciones, como las voces de los nervios o las de los pájaros. Su goce ligado al goce del Otro salva, por decirlo así, a Schreber de las tinieblas. Es así como logra una fase de sistematización del delirio. El psicótico no siente más miedo frente al Otro,

se encuentra en pleno acuerdo con la neorealidad que él ha construido. Acepta el goce del Otro porque tiene la certeza de que, gracias a la experiencia de éste, él ha obtenido un saber esencial. Muchas veces, éste último le ha sido aportado por una figura paternal todopoderosa de la cual él se transforma en el porta-voz, o la encarnación. ³⁷

Lo que el psicótico opera en el momento en el que acepta formar parte del juego dictado por el Otro, es una alianza, en el sentido que le otorga Coquet a ese término. Reconocer el goce

³⁶ Daniel Paul Schreber, *op. cit.*, p. 61, 63, 280, 277.

³⁷ Jean-Claude Maleval, *op. cit.*, p. 314.

del Otro para sentir igualmente goce, es convertir la relación ternaria de alianza en una salida en sí misma, porque formando parte de esa relación, el sujeto crea una posibilidad para su propio goce. En esta puesta a nivel de los actantes, la configuración se transformaría entonces, de una relación entre poderes polémicos y separados, en una relación de “equilibrio entre los poderes”, en la cual “el acuerdo entre las partes parece ser la pieza maestra de este tipo de discurso”.³⁸ El sujeto definido en este tipo específico de relación ternaria es denominado *sujeto de la alianza*. De una relación desequilibrada de tipo

$$\frac{D}{S}$$

el psicótico, a través de la interpretación de un delirio sistematizado, pasaría a una relación de equilibrio en la cual el sujeto y el *Destinador* están reunidos en un mismo y único objetivo imaginario:

$$S \wedge D$$

Esta configuración es común, según lo expresa Coquet, en las literaturas místicas que sostienen que los hombres tienen necesidad de Dios y Dios recíprocamente necesita a los hombres. Las dos partes son necesarias para que el acuerdo sea exitoso. No se trata aquí de una relación binaria donde el sujeto autónomo puede disfrutar de la libertad de elección y de juicio en relación a su discurso y a su objeto. La relación en el caso de la alianza es ternaria, y en el caso específico de la psicosis no se desenreda jamás. En ese contexto, concebir al Otro absoluto como un aliado en lugar de un perseguidor, es una mejora considerable, sobre todo en lo que concierne a los incidentes extremos de pasaje al acto.

³⁸ Jean-Claude Coquet, *op. cit.*, p. 51.

Más allá de ese aspecto, el delirio se revela como una inversión sobre el mundo exterior y una forma de anclaje en la realidad, por más perturbada que sea esa condición. Se presenta un lazo mantenido con una figura del mundo en el rol del Otro, figura que persistirá como el único hilo conductor de una posible transferencia en el psicótico.